

Francisco Moreno

Diputado de IU en el Parlamento

Francisco, hablemos de tus experiencias profesionales, investigadoras y políticas.

-Mis experiencias profesionales son algo heterogéneas. Los primeros cuatro años de dedicación docente, a partir de 1974, tuvieron lugar en la enseñanza privada, en un colegio de Vallecas, por lo que los problemas de la privada me son bastante conocidos. Es un sector, sobre todo a nivel de profesores, al que hay que prestar la justa atención, ya que existe una evidente discriminación salarial con relación a la enseñanza pública. Si a ello añadimos que la enseñanza pública también está discriminada con relación a otros cuerpos de la Administración -la cuestión de la homologación-, uno puede hacerse una idea de la escala de despropósitos en la que nos encontramos.

A partir de 1978, en que obtuve el acceso a la enseñanza estatal, como agregado de instituto, en el «Matemático Puig Adam», de Getafe, la experiencia profesional ha sido mucho más gratificante, en la relación profesor-alumno, en el ensayo de diversos métodos docentes, en actividades extraescolares, salidas al teatro... Un trabajo de artesanía, diría yo, que depende más del voluntarismo del profesor que de la infraestructura material con que el Ministerio dota a los centros, de unas deficiencias considerables.

Por otra parte, y al mismo tiempo, a partir de 1977 he dedicado diez años a la investigación histórica sobre la provincia de Córdoba, en torno al tema de la guerra civil, que ha dado suficiente materia para la publicación de una trilogía (la república, la guerra y la posguerra). La confección de este trabajo ha supuesto un fuerte impacto personal, al profundizar en los graves problemas históricos de los años treinta y cuarenta. Me ha servido para conocer palmo a palmo toda la provincia en busca de datos, archivos, viejos supervivientes. El millar de entrevistas realizadas ha sido una experiencia indeleble... Es curioso que, en vez de influir el autor sobre la obra, ha sido la obra y los hechos investigados los que me han influido. La propia sorpresa que yo he sentido es la que están sintiendo los lectores, según las manifestaciones que me llegan. La principal satisfacción que me ha quedado es que he aportado un grano de arena para reconstruir unos hechos que de otra manera se hubieran olvidado para siempre, al igual que el sacrificio de miles de personas, que de otra manera es como si hubiera ocurrido en vano. Ya es sabido que lo que no se escribe no existe.

Por precisar un poco más este tema, debo advertir que hoy día la investigación sobre la guerra civil y la posguerra se está haciendo en tono menor y de manera ralentizada, porque desde el poder se viene fomentando una actitud adversa, bajo el sofisma de no reabrir viejas heridas. Es como si se presionara para arrancar de nuestra historia las páginas que no nos gustan. O como si se quisiera llevar el pacto de la Moncloa también al terreno de la historia. Mi tesis es que, frente al clima de silencio vergonzante, debe conocerse perfectamente por las nuevas generaciones todo lo que ocurrió a partir de un golpe de Estado, para que desde el escarmiento se oriente mejor el futuro.

Me preguntas también por mi actividad política. La verdad es que no he sido nunca un político profesional, sino un profesor entre tantos que hace política, cuando lo he juzgado necesario. Y como ha sido en Córdoba, mi lugar de origen, donde vi necesidad de colaboración, allí vengo interviniendo en todas las campañas electorales. He sido concejal de Villanueva de Córdoba en las dos últimas legislaturas y portavoz municipal del grupo de

IU. Después, los compañeros de Córdoba, dado que soy historiador conocido allá, me convencieron para el segundo lugar de la lista al Congreso, detrás de Curiel; pero nunca me pasó por la cabeza que los acontecimientos rodarían en este sentido ni que Curiel haría lo que ha hecho.

¿Cómo ves esta nueva responsabilidad?

-Pues lo veo como algo muy serio y grave, en el sentido unamuniano. Es una misión de representación de la sociedad, a la que no se debe defraudar. El político al uso se olvida en seguida de quiénes y para qué lo eligieron (piénsese en los que salieron elegidos para sacarnos de la OTAN y luego hicieron todo lo contrario). Es lo que yo llamo el modelo de político estafador, que convierte en papel mojado ese contrato no escrito que formalizó con el pueblo que lo eligió. Cuando la estafa y el fraude se hacen norma de la clase política, surgen entonces el justo desencanto de la sociedad y el abstencionismo en la participación política. Esto es lo que me preocupa y lo que me estimula a cumplir con mi deber en lo que queda de legislatura. Bien es verdad que la actual mayoría absoluta del partido del Gobierno deja poco margen para florituras, a no ser el derecho a la pataleta, que ya ejercí, por cierto, en el pleno del primero de diciembre, cuando la mesa actuó de forma no reglamentaria en la votación de la Ley sobre los Juzgados de lo Penal.

¿Ya sabes las áreas de trabajo de mayor dedicación?

-En estos momentos casi no está fijado todavía, pero serán probablemente las siguientes: Agricultura y Ganadería, dada la importancia que este sector representa para Córdoba. En segundo lugar, Obras Públicas. Después, Cultura, y, por último, participaré también como suplente en la Comisión de Control de RTVE. De momento ya estoy recabando material e información sobre estas comisiones.

¿Qué opinión te merecen los recientes acuerdos de la Enseñanza?

-El último acuerdo hay que considerarlo como positivo, no sólo por el incremento salarial que ha supuesto con relación al célebre «preacuerdo» del mes de junio, sino porque la presión de los enseñantes ha sentado un importante precedente en materia de negociación con el Gobierno. Desde la huelga de los profesores se ha demostrado que la cerrazón del Gobierno es vulnerable y que el «no hay más negociación» de un ministro se puede convertir en un «sí». La insólita movilización de la enseñanza en el curso pasado, en la que participé con plena conciencia de asistir a un fenómeno novedoso, creo que ha tenido una influencia subconsciente en los demás sectores laborales del país. Me atrevo a afirmar que sin el éxito de las huelgas de la enseñanza no se habría llegado a la convocatoria del 14 de diciembre. Y es que en el conjunto del mundo laboral español existe la siguiente convicción: no es que económicamente estemos peor que antes, sino que intuimos que podemos estar mucho mejor, dada la relativa bonanza económica, debida no a este o aquel Gobierno, sino a la coyuntura internacional. Es un problema de conciencia de redistribución de riqueza. Ahora que se da un crecimiento económico, ¿por qué no disfruta de él toda la sociedad? Los sectores laborales están viendo cómo multiplica beneficios la banca y la élite financiera y empresarial, y no están dispuestos a permanecer al margen, sin entrar en el reparto de la tarta. Esta es la clave de la insatisfacción social actual en el país.

¿Crees que hay voluntad política de plantear una verdadera reforma en la enseñanza?

-El problema de la enseñanza hoy en España es que el Ministerio está regido por un grupo de burócratas y tecnócratas. No tenemos un intelectual brillante ni una mente esclarecida ni un pedagogo eminente al frente de la Educación, en otros tiempos llamada instrucción pública. Se plantea la educación de los niños y jóvenes como si de una cadena de supermercados se tratara. Lo del Ministerio es un problema de zafiedad, de vulgaridad y de ineptitud. ¿Cómo se puede esperar de semejante incompetencia una reforma de la enseñanza? Hay que clamar para que nos dejen como estamos. De momento, preferible que no reformen nada, porque tendríamos nuevo revuelo a la vista. Como ha ocurrido con el Plan de Empleo Juvenil. Hoy, la tecnocracia gobernante está seducida por el modelo educativo americano, totalmente pragmático y tendente a la hiperespecialización. Pero esto, que en campo de las tecnologías puede ser interesante, puede resultar funesto cuando lo que tenemos delante no es una máquina, sino un niño o un joven. Cuando Maravall dijo que «la enseñanza en España es demasiado teórica», lo vi claro: estaba obnubilado por el modelo norteamericano. Creo que la educación debe ir por otro camino, buceando en la tradición europea y en el humanismo de raíces hispánicas. Por otro lado, están los estudios de carácter técnico o económico, pero sería un grave error despojar, como nos tememos, a la enseñanza de su dimensión humanística. El ideal de la educación integral, con el desarrollo armónico de todas las facultades del educando, no creo que pueda ser entendido hoy por la tecnocracia gobernante. Así que será mejor que, de momento, no reformen nada.

FRANCISCO MORENO GOMEZ. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, es profesor numerario del INB madrileño «Puig Adam». En 1982 ha sido premio «Díaz del Moral» del Ayuntamiento de Córdoba sobre Historia Social de Andalucía, con su libro «La República y la guerra civil en Córdoba (I)», del que se agotaron dos ediciones. Desde 1984 pertenece al Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española y ha publicado en 1985 «La Masonería en Córdoba», obra conjunta con el catedrático Juan Ortiz Villalba. En diciembre de 1984 ha publicado en la revista «Axequia» de la Diputación de Córdoba el estudio «Movimiento obrero, caciquismo y represión en Córdoba durante 1919». En 1985 ha publicado, como II volumen, «La guerra civil en Córdoba, 1936-1939» (2.ª edición, 1986), trilogía que culmina con el presente libro. Actualmente termina su tesis doctoral sobre «Vida y obra de Pedro Garfeas». Es miembro de la Sociedad de Estudios de la Guerra Civil y del Franquismo (SEGUEF).